

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
1.º de Junio de 1889.
NÚMERO 35.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

Una eminencia en el foro, una gloria en la tribuna, un nombre ilustre como filósofo, una reputación de intachable probidad como funcionario público, un modelo de consecuencia como político; tales son las dotes que avaloran la personalidad de Salmerón y Alonso, y los indisputables méritos por los cuales figura, por derecho propio, en nuestra galería de caricaturas.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.





DIARIO CÓMICO

La cosa estuvo grave. ¡Pero muy grave!
Ha sido el acontecimiento de la semana.
No crean ustedes que me refiero á la sentencia dictada en la célebre causa de la calle de Fuenca-
rral. Nada de eso.

Ni á la inauguración de la Montaña rusa en los Jardines del Buen Retiro.

Ni á la apertura del teatro Felipe.

Ni á la celebración del primer juicio por Jurados, que también ha tenido lugar en estos días.

Ni á la excarcelación de Vázquez Varela. ¡Ni por asomo!

¿No ha llegado á noticia de ustedes el lío que se armó hace pocas tardes en el bodegón del *Chato*...?

¡Pues si no se habla de otra cosa en el barrio de las Injurias!

El caso es que el *Chato* tomó en arriendo el bodegón hace cuatro años, y puso al frente del establecimiento, en el mostrador, un amigo de toda su confianza, dándole el cargo de medidor.

Este muchacho, travieso, poco formal, y sobre todo muy inconstante en sus cosas, y muy veleta en sus amistades, comenzó á medir copas y medios chicos á gusto de la mayoría, y todo el mundo pensaba que mientras el *Chato* tu viese taberna, no habría allí más medidor que Marcos.

Concurrían al establecimiento todos los guapos del distrito y todos los barbianes del barrio; y aunque hubo varias broncas en la casa, bastaba que Marcos golpease incomodado el cinc del mostrador con el vaso vacío, para que se restableciera el orden entre los contertulios.

Frecuentaban el establecimiento varios amigos antiguos del *Chato* que tenían vara alta en la taberna, y que, acompañados de sus deudos, primos y yernos, eran como la plana mayor, digámoslo así, de la parroquia.

Unos cuantos díscolos, que nunca faltan en estas reuniones, se propusieron fastidiar al *Chato*, por no sé qué resentimientos antiguos, y aunque eran una minoría insignificante, comenzaron por halagar á Marcos para que les ayudase en sus propósitos, que eran nada menos que ver si á fuerza de quejas á la autoridad, y de dar escándalos en la casa, conseguían que le cerrasen el establecimiento, para abrirlo en seguida con otro dueño.

Y el medidor, que ya había tronado varias casas con sus travesuras, y que en realidad de verdad tenía muchas ganas de soltar los cacharros del mostrador y abrir una tabernita por su cuenta, se dejó camelar por los conjurados, y pensó en echar la zancadilla al *Chato* en cuanto viese dos dedos de luz para armar la gorda.

Y allá se fueron con él, el *Manco*, el *Cojo*, el *Tuerto*, el *Jorobado* y el *Tartamudo*, y esperaron la ocasión propicia para armar la bronca.

Esta no tardó en presentarse.

Y sobre si era dulce ó era seco el vino que acababa de recibir el *Chato*, procedente de una de las mejores bodegas de Valdepe-
ñas, vino riquísimo y rancio, pues era nada menos que de la cosecha del año 1868, se armó una *culebra* la otra tarde, que no quedó casco sano ni vaso entero en la ermita.

Apenas empezó á circular por las mesas el peleón, comenzaron los des-

contentos á hacer gestos y á murmurar del viño; á la mayoría de los parroquianos les parecía excelente; pero el *Chato*, que es un tabernero que lo entiende, y además muy liberal, acordó en aquellos momen-

tos de los procedimientos democráticos, y apeló al sufragio universal para que los bebedores decidiesen sobre la bondad del género que acababa de recibir.

Y sufragio dijiste, y allí fué Troya, y bulla, y jarana, y voces destempladas, y subirse á la parra los de la minoría, firmes y ternes en su idea de darle al *Chato* el disgusto *hache*, y salirse con la suya.

Pero éste, que es más listo que Cardona, y que siente crecer la hierba, y es un *mátalascallando* de primera fuerza, hizo una seña á Marcos para que diese los consabidos golpes sobre la hojalata y pusiese paz, como otras veces, en el alborotado gallinero.

Pero ¡cuál no sería su sorpresa al ver que Marcos se remangaba los manguitos, se quitaba el delantal y, volcando sobre el mostrador el frasco del mostagán del año 68, exclamaba con voz de trueno!

—¡Esos señores tienen razón! El vino es malo.

La sorpresa de los amigos, que eran la mayoría de los parroquianos, se quedó como quien ve visiones; el *Chato*, pálido y sin saber qué pensar de la conducta de su medidor, le miró de hito en hito, se rascó la barba, y se adelantó con mal talante hacia el mostrador, mientras el *Cojo* y el *Manco*, y el *Tuerto* y el *Jorobado* aplaudían frenéticamente á su compinche.

Y el escándalo y la juerga subió de punto cuando Marcos se atusó los pelos, encendió un cigarro, y abandonó el mostrador primero y el ventorro después, entre los desentonados gritos y las palabras gruesas de los airados comensales.

El *Tuerto* creyó asegurada su victoria; pensó que el casero pondría de patitas en la calle al *Chato*, y que á los ocho días sería él dueño y señor de la acreditada taberna, y comenzaron las cábalas y los misterios, tomando como primera determinación devolver á Valdepeñas el vino rancio, origen de la cuestión, y dejar sin comer á todos los amigos y parientes del *Chato* que tenía éste empleados en su negocio.

Para conseguirlo, organizaron una juerga para el día siguiente; pero el *Chato*, con la finura de nariz que le distingue, habló con el delegado del distrito, y de acuerdo con éste, cerró el establecimiento, y suspendió la venta por unos días.

Y ahí tienen ustedes á los vecinos del barrio de las Injurias con su ventorro favorito cerrado hasta sabe Dios cuándo, y temblando por si luego, por fas ó por nefas, no logran beber el sabroso Valdepeñas del año 1868. Pero yo creo, dadas las condiciones del *Chato*, que volverá á abrir para despachar esa cosecha, ó deja cerrada la casa *per in secula seculorum*.

Y ese es el grave acontecimiento de que yo les hablaba á ustedes, y que es lo único que ha logrado meter ruido estos últimos días, siquiera haya sido en el apartado barrio de las Injurias.

E. NAVARRO GONZALVO.



MORCILLAS TEATRALES



ODREMOS andar mal de otras cosas; pero nuestra salchichera artística es la primera del mundo.

Los cómicos españoles pueden decir hoy, parodiando una frase tan célebre como vulgar:

—El sol de Vich y Candelario no se pone jamás en nuestros dominios.

Mariano Fernández, el intrépido é ilustre veterano, había elevado el embutido á la altura de una institución; pero ésta, como todas las instituciones, se bambolea y sucumbe ante los rudos embates del progreso moderno.

Las morcillas de mi popular tocayo son clásicas y académicas. Las que ahora privan son del género naturalista, del trascendental... ¡y hasta del decadentista!

*Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento...*

Desde el cantante que se permite llenar de borlitas y alambres, madroños y caireles, la música de Rossini—aquel musiquillo vulgar de tan seco ingenio y estéril imaginación—hasta el cómico de la legua que adereza con sendos tropezones de morcilla la poesía de Ayala ó la prosa de Tamayo, cual si fueran puchero castellano ó escudella catalana, ¡cuántos y cuán fecundos «cultivadores» tiene la *charcuterie* teatral!

Ni siquiera los bailarines prescinden del morcilleo. Los hay que, en un arranque de internacionalismo coreográfico, se atreven á acancanar unas seguidillas manchegas, ó á hacer *le grand écart* en una jota.

Alarmantes son las proporciones que ha adquirido la invasión de la carne de cerdo; mas no se crea por eso que los judíos de religión y los israelitas al siete por ciento mensual tienen que abstenerse de asistir á nuestros teatros.

Las más veces resulta que los embutidos son de carne de jamelgo. Así se deduce de la impresión que causan al pobre espectador. ¡Una impresión en forma de herradura!

Cuando el embutido es efectivamente de carne de puerco, casi siempre ocurre que es de un puerco infestado de *trichina*.

Alguna vez el incauto auditorio saborea la morcilla, mientras el que la ha soltado, movido un momento por la divina gracia, se relame y regodea, orgulloso de su talento... ¿Cómo será el manjar aderezado por el autor, cuando produce tanto efecto el actor con sus *ordubres*, como escriben algunos, ú *ordures*, que es como se debe decir?

Así es que ciertos autores van muy á gusto en el machito... del actor. Es decir, que viven holgadamente con las morcillas de sus intérpretes.

Otros, en cambio, inicuamente asimilados á los perros en tiempo de estío, sucumben con el citado procedimiento.

—¡Ay, chico! me decía la otra noche uno de ellos. Parece que se ha dedicado al teatro toda la familia del tío Rico.

Comprendo que á muchos literatos se les quiten las ganas de *colisear*, á despecho del directo interés que tienen los autores,

según Enrique Rochefort, en que se perpetúe el sistema del «morcilleo».

«Cuando les silban un chiste, escribía en una de sus antiguas crónicas el ingeniosísimo parisiense, nada les cuesta apresurarse á decir á los amigos:

—Ya habrá usted comprendido que esa atrocidad no era de mi cosecha. ¡Por vida de las morcillitas!

Gracias al desarrollo que dan estos «laudables esfuerzos» de nuestros cómicos, nada hay ya más fácil que «escribir para el teatro».

Ahí va un cañamazo dramático para que los artistas borden sobre él lo que gusten:

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El Conde.—Conque tú... (*Aquí un cuarterón de morcilla.*)

La Condesa.—Te amo como el día de nuestra boda; porque... (*Aquí dos libras de embuchado de Montañez.*)

El Conde.—Has disipado todas mis dudas, y me voy á... (*Tres vueltas de longaniza.*)

ESCENA II

La Condesa.—¡Cuánto tarda Arturo! (*Un poco de sobreesada de Mallorca.*) ¿Qué hará Arturo? (*Libra y media de butifarra catalana.*) ¡Por fin! ¡Ah! ¡El es! (*Un chorizo extremeño.*)

ESCENA III

Arturo.—¡Enriqueta mía! (*Aquí unas rodajas de salchichón de Lyon.*)

La Condesa.—¡Mio caro! (*Un kilo de mortadella de Bolonia.*)

Arturo.—¿Quieres que...? (*Kilo y medio de boudin de foie-gras.*)

ESCENA IV

El Conde.—¡Infames! (*Cinco ó seis chorizos de la Rioja.*) Os he sorprendido y... (*Salchichas á discreción. Telón rápido.*)

¿Qué tal? Probablemente resultaría una obra maestra, hartó superior á las de Shakspeare y Molière, dos comiquillos de mala muerte, que, en vez de favorecer con sus embutidos las comedias ajenas, preferían morcillear por cuenta propia en *Otelo* y *Hamlet*, *El misántropo* y *Tartuffe*.

Mientras esas antiguallas van desacreditándose rápidamente, saludemos la nueva fórmula:

Libertad y embutido.

O lo que viene á ser igual:

El chorizo libre en el Teatro libre.

O lo que viene á ser lo mismo:

¡Sálvense las morcillas y piérdanse las comedias!

MARIANO DE CÁVIA.

EL CABALLO POPULAR

Tiene un bruto Garcés, esbelto y brioso, de crin tupida, de testuz derecho, de recia planta, de abultado pecho, de oreja viva y de mirar fogoso.

Con grave majestad marcha y bracea, y al verse castigado y detenido, da su nariz ardiente resoplido, se encabrita y su boca espumajea.

Rizada cae su abundante cola, y es su lustrada piel tan negra y fina, que cuando el sol de lleno la ilumina, su matiz de azabache tornasola.

Después de largo tiempo, fatigado con la edad y las penas, enflaquece el animal fogoso, y aparece mustio, seco, huesudo, acartonado.

El lacio cuello hacia la tierra inclina, entreabriendo sus patas se apuntala, y su comido lomo le señala el rosario nudoso de la espina.

Marcha con perezoso cabeceo que su cansado andar al cuello imprime, y el escurrido pecho se le oprime falto de vida y con mortal jadeo.

Sin blanda silla ya no habrá quien suba sobre el caballo, que en su espalda flaca el costillar se apunta y se destaca lo mismo que los arcos de una cuba.

Al mirarle Garcés, flaco y maltrecho, á morir en el Circo le destina, para obtener también de aquella mina el último suspiro en su provecho.

Y escuchando á Garcés se desconsuela la víctima infeliz, y gime y llora,

que no sintió jamás, cual siente ahora, hasta su corazón llegar la espuela.

Una soga le anudan en el cuello; de ella el chalán hacia la calle tira; arranca el bruto, vuélvese, suspira, y anda al fin con las trazas del camello.

Pero, ¿qué dice? Oigamos lo que dice su ronca voz velada por la pena; —Garcés, brutal Garcés, alma de hiena; para tratarme así, ¿qué mal te hice?

Yo soy el que dejaba en el paseo la varia multitud embelesada viendo de mi andadura punteada el vivo y resonante menudeo.

De ser mi dueño, entonces, muy ufano, el vientre con las piernas me oprimías, me llamabas *lucero*, y sonreías, mi cuello recorriendo con tu mano.

Cuando ella en sus balcones te aguardaba, porque lo atribuyese á tu manejo, todo el hipico ardor, todo el gracejo de mis robustos miembros ostentaba.

La celada burlé del forajido, esquivando veloz su alevé intento; tú llegaste al hogar salvo y contento y yo caí sin fuerzas y rendido.

De tus amantes hijos soportaba la pesadumbre leve sobre el lomo y á su dulce calor, con grave aplomo, y temeroso tacto caminaba.

Después de haberme vuelto de la guerra más duro, resistente y esforzado me aferraste á las varas del arado, y abrí tu campo y escarbé la tierra.

Cuando se hundía el sol esplendoroso cubierto en roja luz por Occidente, arrastrando tus mieses, lentamente volvía fatigado y sudoroso.

Sacé la vanidad de tus amores, te libré de contiendas y reveses, te di el dorado fruto de tus mieses, vida á tus campos y á tus huertos flores.

Yo no soy como el grano de la uva que se deja pisar, y luego alevé, arroja á quien lo pisa, si lo beba, dando ocasión á que al cerebro suba.

Yo soy más bien el grano del olivo, que después de exprimido y estrajado y en estéril bagazo transformado, aquel que lo exprimí lo arroja esquivo.

Mi trabajo en riqueza se convierte, soy el vil instrumento, la materia; si oro te doy, me ofreces la miseria; cuando nada te doy, me das la muerte.

El jugo de mi vida os he ofrecido á la patria y á tí; lo aprovechasteis, y después de explotarme, me arrojasteis porque era ya el bagazo comprimido.

No hay duda que la vida es una guerra, y el hombre, por crearse algún consuelo, dice que la justicia está en el cielo...

¡Es cierto, sí; muy lejos de la tierra! ¡Adiós, Garcés, adiós! En el concierto loco y feliz de la existencia humana, el egoísmo es ley; nadie mañana se acordará de tu caballo muerto.

RAFAEL TORROMÉ.



LAS ESQUINAS



¡Encantadora, diyina!
¿Subo? — ¡No! — ¡La causo miedo!...
(¡Y me tiene aquí en la esquina
haciendo así con el dedo!)



Un cadáver insepulto
que por la bondad diyina
está esperando en la esquina
que le ocupen con un bulto
que mate su hambre canina.



— ¿Quién es aquel caballero?
— Si es que en saberlo te empeñas...
— ¡El deber es lo primero!
— Pues uno que le hace señas
á la chica del tercero.



— ¡Ya me iba! — ¡Si eres atrozo!
— ¡Llevo un plantón de dos horas!
— ¡Pues gracias que las señoras
no tienen polvos de arroz!

PREPARATIVOS



—Es *mu* probable, pero *mu* probable, que yo pase el verano con una tía mía que está en Navalcarnero.
—Pues yo es *mu* probable que lo pase en mi casa de campo de Melilla.



SALÓN DEL PRADO (10 noche).—Buscando un amigo que le pague los baños de mar que le ha mandado el médico.



SALÓN DEL PRADO (2 madrugada).
Idem de ídem para tomar los que le ha recetado el *espeter* del destrito.



EN LA PLAZA DE ORIENTE

—El verano está encima, y es preciso, siguiendo las exigencias de la moda, pasar la estación en alguna parte. Desde esta noche, á dormir á Recoletos.

DESDE EL CAMPO DE MARTE

ENGO que agradecer al correo ¡Dios se lo tenga en cuenta! el extravío de dos cartas, en que hablaba á los lectores de LOS MADRILES exclusivamente de la Exposición Universal.

Al empleado francés ó español que se haya permitido el lujo de enterarse solito de lo que en ellas decía, le ruego que me envíe el importe de las mismas, que no puedo reclamar al editor López, quien las ha esperado inútilmente para publicarlas en el periódico.

¡Ah! Y que ese empleado me haga el favor, para en adelante, ya que tanto le gustan los *primeurs*, de enviarlas á LOS MADRILES en cuanto las lea. Así no sufrirán más que unas horas de retraso y yo no trabajaré para el rey de Prusia, que dicen los franceses, ni para el Obispo, como se dice en mi tierra.

Aunque no creo que Guillermo II ni el obispo de Madrid tengan nada que ver en este asunto.

Y cumplido este pequeño desahogo, y dadas al público estas debidas explicaciones, ruego al lector que me siga en la visita que, por etapas, vamos á hacer al gran concurso internacional.

Yo bien quisiera empezar por las secciones españolas, y ante todo por el edificio aislado que para sus productos construye España, ó, mejor dicho, el arquitecto Sr. Mélida.

Y hago esta distinción, porque creo que España hubiera ido un poco más de prisa que el arquitecto.

Pero ese pabellón lleva trazas de acabarse para Octubre; las instalaciones de la sección española del Palacio de Industrias no están terminadas, y sólo los cuadros y esculturas españoles están en el sitio á ellos reservado en el Palacio de Bellas Artes.

No quiero, pues, hablar á pedacitos de lo que España ha enviado á la Exposición, y cuando el Sr. Mélida haya acabado de construir y el Comité español de instalar, dedicaré una carta entera á mi querida patria, que podría ocupar puesto de más importancia en el Certamen si los que han organizado su exposición lo hubieran hecho mejor.

El país no tiene la culpa de lo que unos cuantos caballeros particulares no han podido, ó sabido, organizar, y á ellos sólo hay que hacer responsables.

¡Que la patria les sea ligera!

Porque ellos están pesaditos de veras para acabar.

El Campo de Marte encierra todo lo que verdaderamente constituye una Exposición universal.

Para dar un vistazo general y apreciar mejor el conjunto, nada mejor que subir á la torre Eiffel.

Hasta la primera plataforma podemos hacerlo ya en los ascensores.

Son éstos unos especímenes de grandes vagones montados sobre una cadena á modo de gigantesca espina dorsal, cuyas vértebras van engranándose en una rueda que al girar eleva el aparato.

La torre es una verdadera población. Ya en la primera plataforma nos encontramos con un *restaurant* en cada ángulo, numerosas tiendas, *vatter-clossets*, cantinas y sitio de sobra para pasearse y recorrer aquellas *calles* anchas y largas que forman las galerías, pues el centro queda en hueco hasta el segundo piso.

Los ascensores que á éste dan acceso no están completamente montados aún, y es preciso subir por escaleras de caracol.

Por el camino nos encontramos algunos ascensionistas á quienes esta subida en forma de sacacorchos ha mareado y dudan entre volver atrás ó seguir, á riesgo de cambiar... el franco, ya que aquí no hay medio de cambiar pesetas, porque no corren.

Llegamos al segundo piso, á la respetable altura de 115 metros 75 centímetros, ni más ni menos.

Otro animado cuadro: tiendas, cantinas y la imprenta del *Figaro*; un pabellón muy bonito, construido de madera, cuyas líneas generales conservan cierto aire de familia con el palacio de la *rue Drouot*.

Allí se encierra todo lo necesario para escribir é imprimir un periódico, y allí se imprime todos los días el *Figaro de la tour Eiffel* en una máquina rotativa Marinoni, tan grande y rápida como la que tira *El Liberal* en Madrid.

Las paredes de este pabellón son, como debieran serlo las de las casas de los políticos: transparentes. El público ve escribir el periódico, lo ve componer á los cajistas, corregir las pruebas, ajustar las páginas y estamparlo en la máquina, que á cada golpe de abanico deja 20 ejemplares impresos y cortados.

El mismo espectador compra en seguida el número que le sirve de certificado de su ascensión á la torre, porque el encabezamiento va escrito, fechado y firmado por un agente del *Figaro*, que D. Fulano de Tal ha visitado el pabellón situado á tan respetable altura.

Asomémonos ahora á los balcones de las galerías.

Al frente se destaca la gran cúpula central coronando el Palacio de Industrias diversas, en cuyas galerías centrales se hallan instalados los productos de los fabricantes franceses, divididos metódicamente por clases y grupos.

Los extremos á derecha é izquierda albergan las secciones extranjeras.

A derecha é izquierda, perpendicularmente al Palacio de Industrias, dos grandes palacios, gemelos por su situación y por las líneas generales de su arquitectura, y coronados ambos por hermosas cúpulas azules. El uno destinado á las Artes Liberales; el otro á las Bellas Artes.

La herradura formada por estos tres grandes Palacios limita el Parque, en cuyo centro se alza la Fuente del Progreso, hermosísimo grupo de Formigé.

Esta fuente, como la del Genio Universal, situada en el centro de los cuatro pies de la torre Eiffel, lanzan por la noche chorros de luz de todos los colores, formando el más maravilloso efecto.

Alrededor de la torre, infinidad de pabellones que encierran á la derecha las exposiciones de las Repúblicas Americanas, á la izquierda diversas exposiciones especiales, que visitaremos al detalle, como los tres palacios indicados en las cartas siguientes.

Detrás de nosotros el Trocadero, transformado en encantador paraíso con la Exposición internacional de horticultura.

A lo largo del río, por todo el muelle de Orsay, se desarrollan las galerías de agricultura y de la alimentación, para unir el Campo de Marte con la Explanada de Inválidos, ocupada por la Exposición Colonial y la del Ministerio de la Guerra.

Detrás de la gran cúpula del Palacio de Industrias veo una inmensa cubierta de cristales que cruza de lado á lado el Campo de Marte, en una longitud de 420 metros y en un ancho de 145.

Es la cubierta de la galería de Máquinas, la obra de construcción de hierro más atrevida y más notable que hasta el día se ha realizado.

Y todo este conjunto de maravillas ocupa una extensión de 70 hectáreas.

Veo que esta carta va teniendo también demasiada extensión, y dejo para la próxima entrar en detalles.

Al bajar tropiezo en el Parque con un provinciano extraordinariamente miope, que saluda á un farol preguntándole muy cortésmente:

—Diga usted, guardia: ¿me puede usted indicar... la torre Eiffel es por aquí?

BLASCO.

Paris 30 de Mayo de 1889.

UNA PASIÓN IRRESISTIBLE

Hay muchas clases de pasiones.

Todas se parecen en que, cuando se las contraría, se entretienen ¡inhumanas! en ir minando la existencia de aquellos que las tienen para su uso particular.

Pues bien, nuestra amiga Caralampia Trigueros fué víctima de una de las más vehementes, al par que extravagantes, pasiones conocidas.

Caralampia Trigueros era una joven bellísima en el fondo y en la forma, ó, mejor dicho, en las formas y en los fondos, porque estaba bien de todo, á Dios gracias; pues si no vivía precisamente en medio de la opulencia, por lo menos vivía en el centro de la capital, y eso ya supone una renta no despreciable.

¿Ustedes creen que la pasión de este acomodado ángel de candor había sido engendrada por el cariño que determinado mozalbete le inspirara?

Pues no, señor.

¿Se figuran ustedes que la pasión de Caralampia consistía en un afán desmedido por los trajes, las joyas, los viajes, las diversiones en fin? Nada de esto.

Caralampia, renunciando á todos los placeres mundanos, había reconcentrado su afán en una sola cosa. ¡Caralampia sentía la más profunda de las pasiones por los espárragos de Aranjuez!

Despreciaba todos los caprichos de la vida, y hasta los hombres eran para ella muebles; necesarios, sí, pero muebles al cabo, de más ó menos valor.

Mas ¡oh dolorosa contrariedad! la respetable señora de Trigueros, madre de la joven, la prohibió terminantemente, no sólo el abuso, sino el simple uso de los espárragos.

La buena señora no podía verlos desde que estuvo á la muerte, á consecuencia de habérsele atravesado en el gáznate el troncho de uno de ellos, que, si no la cortó el hilo de la existencia, por lo menos le cortó casi todas las cuerdas vocales que halló cerca de sí.

¡Cuántas desazones produjo en el seno del hogar la afición de la una y la prohibición de la otra!

La madre, en su deseo de animar á la niña y de darle al mismo tiempo una salida decorosa, hizo verdaderas heroicidades para proporcionarle novios distinguidos.



Todo fué en vano.

La niña desengañaba á los propietarios, á los doctores, á los militares y hasta á los títulos del reino, con la misma facilidad que se mudaba de chambre. Pero hay Providencia, *sin embargo*.

Caralampia encontró un día el ídolo de sus espárragos, digo, de sus ensueños. Y lo encontró el día del *Corpus* en la Puerta del Sol, poco antes de pasar por aquel sitio la procesión famosa.

Un joven decentemente vestido se hallaba recostado en uno de los célebres *espárragos* que sostienen los toldos de la carrera, y esta circunstancia bastó para que la niña de Trigueros se fijase con interés en el joven.

Este, á su vez, se prendó instintivamente de Caralampia.

La siguió. Se miraron y se comprendieron.

¡Qué satisfacción tan intensa recibió Caralampia cuando supo que aquel joven se llamaba Perico Esparraguera, y que, por añadidura, había nacido en Aranjuez!

Por su parte, se enteró Esparraguera de que la chica no estaba mal, y esto fué suficiente para que entablara con ella relaciones formales.

Pero la viuda de Trigueros se opuso abiertamente á la boda, porque no quería que volvieran á entrar en su casa más Pericos de Aranjuez. A consecuencia de esta resolución, la pobre Caralampia, que ya era *sacudida* de carnes, se quedó como un espárrago, y más de una vez sintió comecón de chuparse á sí misma.

Al fin sucedió lo que era de esperar, dada la tenacidad incomparable de aquella manía maternal. Y sobrevino el rapto.

Pocos meses después, previas las diligencias correspondientes, Perico Esparraguera y Caralampia Trigueros se casaban en el propio Aranjuez y se prometían desde luego una felicidad sin límites y una luna de miel sin cuartos menguantes.

¡Pobre Caralampia!

A las dos semanas de matrimonio falleció víctima de su pasión. Una infidelidad de Esparraguera, seguida de un cólico de espárragos, la condujo al sepulcro.

Todos los años, el día de las ánimas, acude el pobre viudo al cementerio, y después de llorar su desventura, deposita sobre la tumba de la *interfecta* un recuerdo cariñoso.

—¿Una corona de siemprevivas?

—No, señor. ¡Un manojito de espárragos!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LA MUJER MUERTA

(CUENTO DRAMÁTICO)

Á MI DISTINGUIDO AMIGO EL CORRECTO Y CAUSTICO, CUANTO PEREZOSO ESCRITOR D. ANTONIO DE OCHOA

I

PERSONAJES

PAUMIERAS, viejo patriarca de una tribu de pastores nómadas, señor de la cabaña del valle Arce. Está encorvado, enflaquecido como una añosa encina. Su cabeza es cuadrada; su frente huesuda; lleva espesa, blanca y rizada cabellera, y luenga barba. Centellean sus ojos, relucientes como luciérnagas en oscuro matorral; cubre su espalda, ya descarnada, una piel de oso. Muéstrase ceñudo y severo, y su voz, aunque apagada, es imponente. Jermundo, su hijo, duro como la joven encina roble, de tronco recto y liso, también tiene cuadrada la cabeza, rojas la melena y la barba, fieros los ojos. Su paso es firme, y al mover su robusto y erguido cuerpo, van señalándose en él los músculos, cual duras piezas de una armadura de acero. Salta como un gamo, es arrojado é impetuoso como un león, fuerte como un toro, domina con violencia á sus siervos y domeña á las reses bravías.

Eugadina, su hermana, que llegó en brazos de una sierva, con Paumieras y Jermundo, de las montañas de Occidente, es blanca y fresca como la verbena que la malla de la grama escuda y el rocío baña. Es alta, y mueve su pequeña cabeza graciosa y suavemente al mover de uno á otro lado su hermoso cuello, flexible como el de un cisne. En madejas se derrama, por los mórvidos hombros y la tersa espalda, su abundante melena de fino cabello, matiz de oro; lleva sobre su pecho virginal una túnica blanca ceñida á su breve cintura, cubriendo su vientre hasta la mitad de los muslos, redondos y niveos, que terminan como afinándose para rematar la pierna en pequeñísimos pies, tan lindos como sus manos. La mirada de Eugadina, ora es tranquila y vaga, ya pudibunda y temerosa, bajo los sedosos párpados. Sus ojos, azules como el cielo. Su frente es lisa; la nariz recta, de alitas delgadas, que se dilatan de gozo al aspirar los deleitosos aromas del valle; su boca es acarminada, húmeda y fresca. Cuando todos duermen, Eugadina despierta, sueña ó canta. Eugadina es profetisa; lee en lo venidero.

La escena se desarrolla en el antiguo valle del Arce, en las praderas que hoy son enorme montaña prendida á los gigantes cos eslabones de la cordillera carpeto-vetónica.

Fué por los tiempos que unos magos llamaron edad de oro y unos sabios tiempos fabulosos; el hombre entonces, durante la paz, tomaba el cayado, y durante la guerra, la maza y la espada.

II

Escena primera: Paumieras y Jermundo.

Paumieras duerme tendido en el blando césped y con la cabeza apoyada en su brazo derecho, doblado sobre una piedra. Jermundo vuelve de caza, muestra sus manos y su pecho salpicados de sangre, y una Onza muerta. Muerde, por refrescar la boca, una agria, pero jugosa manzana, de árbol salvaje, y la arroja lejos de sí al acercarse á Paumieras. Trae revueltos los rojizos cabellos y fulguran fieramente sus ojos; su entrecejo está fruncido y su cara es terrible; contempla un momento á su padre, y luego, tocándole con la mano en el hombro, le dice:

JERMUNDO

—Padre, despierta. Hombres de guerra hay del otro lado del monte; oí sonar sus cuernos y sus caracoles y relinchar sus caballos. Hombres de guerra; los he visto, los he visto como tú ves relucir ese millar de hormigas bajo el césped; así he visto yo brillar las armaduras en lo oscuro del bosque.

PAUMIERAS

Déjame dormir, que si llegan, combatiré hasta mi muerte.

JERMUNDO

Despierta, padre, que antes de tres días pueden llegar; prepáranos para la defensa. ¡Vendrán! ¿Quieres que se adornen con tu manto de lino y tus aretes de uerna labrada? Beberán tus odres de vino y se endulzarán con la miel de nuestras colmenas; se arrojarán voraces sobre nuestros rebaños y quemarán nuestra cabaña para asar al fuego nuestros mejores toros; dueños se harán de tu caballo, pisarán tu cuello, emplearán contra ti tu hacha de hierro, y con nuestras mismas hondas y con cantos de nuestro suelo nos romperán los cráneos.

PAUMIERAS

Déjame dormir, que esos hombres de guerra seguirán por la otra parte hacia los prados de abajo.

JERMUNDO

¡Ah! No duermas, atiende á que pueden venir, y de mí, de tu hijo, harán un esclavo, sujetarán mi furor con una morzada por mis duros colmillos, flagelarán con tendones retorcidos y secos mis espaldas, y habré de vivir envilecido como una bestia cazada á lazo.

PAUMIERAS

Mancebo, respeta mi sueño. Yo sabré defenderme.

JERMUNDO

¿No te conmueve? Pues bien; atiende: á tu hija, á nuestra blanca Eugadina, flexible como un junco, tierna como una violeta, tímida como un lebrato, harán presa, hasta la hartura, de sus brutales deseos. Y ya no será para nosotros Eugadina la que encante nuestros oídos con su voz dulce, que nos habla de los dioses, ni será el amoroso halago de tu vejez. Emponzoñarán tu sangre con sangre de raza odiada, y en sus entrañas dejarán simiente de monstruos.

PAUMIERAS (*se levanta agitado y convulso*)

Eugadina, Eugadina, ¿dónde está mi hija? Levanta, tú, Jermundo, á los zagales de la sierra. Avisa á los mancebos de las yeguas, y junta á los vaqueros; reúne á todos los siervos, ármalos como para formidable batalla; marcharemos á los países donde luce y calienta más el sol, y si no nos fuera dado huir, resistiremos hasta la muerte. Llamad á Eugadina, ocúltémosla.

Eugadina llega con la cabeza inclinada sobre el pecho; fijos en tierra sus pensativos ojos, acércase á su padre y á su hermano, y dice con armoniosa voz:

EUGADINA

¡No has de saciar jamás tu sed de sangre, oh Jermundo! ¡No te basta la caza de las fieras! ¿Quieres, hermano mío, que nuestra tribu, otro tiempo errante y combatida, se lance á la guerra, y viejos y mujeres y tiernos niños sigan tu furiosa marcha en busca del botín, encadenando esclavos, talando campos é incendiando pueblos? Yo aseguro que ningún peligro nos amenaza, y que en toda la tierra que podemos abarcar con nuestros ojos no hay ni un solo hombre de guerra. Antes se aparejan los pastores para el esquileo; hay hermosas crías en las vacadas; corretean enardecidos los potros de la última paridera. La luna lucirá las noches serenas; de flores se llena la pradera y de astros benignos el cielo. Yo os lo digo, en nombre de los dioses.

Los siervos, que acababan de llegar á los sonidos de llamada, al toque de los cuernos, se regocijan ante aquella profecía de paz, y aclaman con júbilo á Eugadina, la profetisa. Paumieras sonríe y pone sus trémulas manos sobre la cabeza de su hija, besando su frente.

PAUMIERAS

Mil y mil veces la dicha te acompañe, mensajera de paz. Bien sé que, aunque los hombres de guerra llegaran, tú sabrías encantarlos con tu voz y embriagarlos con el perfume deleitoso que de ti se desprende. Yo rendiría tributo y ellos nos dejarían vivir en nuestro valle. Vete de aquí, Jermundo; ¿quieres encender nuestro furor y lanzarnos á una errante existencia de rudos combates á sangre y fuego?

III

Es de noche; Jermundo, culebreando por los jarales, torva la mirada y envenenado el corazón, persigue á su hermana la adivina, que vaga por el campo á la luz de la luna, evocando para sus inspiraciones á los errantes espíritus que informan á las profetisas. Ella es, como las desmelenadas druidisas, amante de la soledad y del silencio.

JERMUNDO

¡Ah! ¿Qué vales tú comparada con la existencia de una raza? Quiero que llevemos nuestras crías colgadas de nuestros dientes, como el león lleva sus cachorros; no quiero que estén en el aprisco cual corderillos condenados á la matanza. Eugadina, tú reinas aquí; nuestra tribu se ha estancado en lo hondo del valle; olvida su antigua historia de guerra y de pillaje por tus cánticos halagadores. Yo necesito atravesar llanos y desiertos, domar pueblos, ser como el soplo del huracán que todo lo arrastra á su impulso y á su velocísimo paso; necesito ser caudillo, no quiero ser pastor; quiero ser conquistador, dejar el cayado por la espada y la espada por el cetro. Tú, viva, Eugadina, mantendrás adormecidos y ociosos á los hombres y á los siervos de la tribu; muerta tú, pronto les sabré arrastrar furiosamente á vengarse. ¿Qué vale una mujer enloquecida ante un hombre sediento de riqueza y ambicioso por subyugar la tierra?

Jermundo avanza, lánzase violentamente sobre Eugadina y la derriba en el suelo; si hubiera podido verse el rostro, le hubiese visto más amarillo que la cera; un temblor extraño conmovió sus músculos; con las manos aprieta el cuello de Eugadina, con la rodilla doblada sobre el pecho de la doncella la oprime, y al fin lanza su víctima un débil quejido y el suspiro último. Eugadina había sido asesinada.

Entonces, con esa risa siniestra, extremo de lo espantoso, que forma la máscara de la envidia en los siniestros espasmos del crimen, el fratricida cava el suelo y se afana por abrir una fosa para ocultar en ella á su hermana. Eugadina, muerta, se le aparece á la luz de la luna con una belleza llena de sombría majestad. ¡Ocultarla, ocultarla! se dice en el delirio de su furor el fratri-

cida. Mañana diré que nos la han robado, y toda la tribu lanzará rugidos de venganza, y dejaremos la sosegada pradera por las tierras sin fin que hemos de empapar en sangre. Pronto deleitarán mis oídos los sonos de guerra, profundos como bramidos y agudos como relinchos.

Al fin la fosa está abierta; en ella deposita Jermundo el cadáver de su hermana, y seguidamente lo cubre de tierra hasta dejar llano el suelo, y luego huye despavorido á ocultarse; mas, involuntariamente, vuelve la cabeza y quédase, lleno de terror, como clavado en el suelo; el terreno se levanta en el punto en que Jermundo ha enterrado á Eugadina y por todo lo largo del cadáver. Jermundo retrocede para desenterrarlo; sácalo, hace más profunda la fosa y torna á meter en ella el cuerpo; y cuando Jermundo huye, se detiene á los pocos pasos porque nota que la tierra vuelve á alzarse, y que en aquel montículo se señala el bulto y por los extremos el contorno del cuerpo de Eugadina. Siente Jermundo miedo de los dioses, comprendiendo que su crimen no quedará oculto, y antes que las luces de la aurora aparezcan, baja el fratricida á sublevar los ánimos de la gente de la tribu, diciendo que los hombres de la guerra han robado artemáticamente á Eugadina, y excitando á la persecución y á la venganza. Entonces fué cuando esa formidable reacción de las fuerzas plutónicas, alzando las erectas capas de la pradera, entre espantosos ruidos subterráneos, bajo el fulgor deslumbrador y fatídico de los relámpagos, estremeciéndose el suelo en terremoto continuo al soplo de los vientos huracanados, fué estrechándose el valle y subiendo la tierra hasta formar una afilada loma, y en su cresta siguió dibujándose el contorno de la mujer muerta; los ganados y los siervos huyeron; el viejo patriarca, enloquecido, descubrió la fosa donde yacía, y sobre ella, abrazado, lloró hasta exhalar el último suspiro. Cuanto más se aleja Jermundo para no ver el testimonio de su crimen, más se alza el monte... porque convirtiendo los dioses al fratricida en furioso torrente, le hicieron despeñarse desde lo alto de la montaña y huir por el valle, sin dejar de ver jamás la gigantesta escultura de «La mujer muerta», de Eugadina, símbolo de la paz, combatida por la ambición y por la envidia.

Así tan cierto es lo que dijo Shakspeare:

“No hay crimen en el mundo que se oculte, aunque la tierra toda lo sepulte.” (1).

Este es el sueño ó pesadilla que inspira, vista desde Se- prendida á los eslabones de la tierra, la enorme montaña «La mujer muerta».

JOSÉ ZAHONERO.

1) Traducción de Macpherson.

ALFONSO DAUDET

Tartarin en los Alpes.

Traducción de E. Blasco.

Edición de gran lujo, con 145 ilustraciones y cubierta al cromo,

CINCO PESETAS

El Carnaval de Venecia.

Novedades de París, Londres y Viena.

Corbatas, puños, cuellos, bastones, abanicos y toda clase de objetos para regalos.

ANTONIO NAVARRO

18, Arenal, 18.

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos Norte y Sur del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz, y el 20 de Santander.

Línea de Colón.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá, y servicio á Méjico, con trasbordo en Habana.

Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 25, vía Puerto Rico, Habana y Santiago de Cuba. Salida de Barcelona el 15.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japón.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro viernes, á partir desde el 11 de Enero, y de Manila cada cuatro sábados, á partir del 5 de Enero.

Línea de Buenos Aires.—Un viaje cada dos meses para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz cada ocho semanas, á partir del 31 de Enero.

Línea de Fernando Póo.—Con escalas en la costa occidental de Marruecos.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

Servicios de Africa.—Costa Norte.—Servicio quincenal. Salidas de Cádiz los días 16 y 30 para Tánger, Algeciras, Ceuta y Málaga, y retorno de Málaga el 12 y 25 con las mismas escalas.

Costa Noroeste.—Servicio mensual de Cádiz á Larache, Rabat, Casablanca, Mazagán y Mogador.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía expide pasajes y admite carga para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: La Compañía Trasatlántica y los señores Ripoll y compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: don Julián Moreno, Alcalá, 33 y 35.—Santander: Señores Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: Don E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Señores Bosch hermanos.—Valencia: Señores Dart y compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.